

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE REGREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Mi programa*, poesia, por don Rafael Garcia y Santisteban.—*A Maria inmaculada*, por D. Leon Carbonero y Sol.—*Historia de un ramillete*, (conclusion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña Maria Mendoza de Vives.—*Labores*, por Pamela.—LÁMINA.—Una de labores.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XLI.

JUAN BAUTISTA Á LUCIANO.

Urrea de Jalon, Octubre de 18...

Alguna desgracia espero que se desplome sobre mi cabeza: tal es la idea que tengo de la inestabilidad de la dicha humana, que no disfruto una alegria, tras de la cual, no vea la negra sombra de un cercano pesar: ahora, Luciano, soy tan dichoso que siento redoblados mis temores por tener la seguridad de no merecer tanta felicidad.

Llegué sano y salvo al lado de mis queridos padres, y bajo el cielo en que *ella* respira: conforme iba aproximándome á este rinconcito feliz, que, como dice el señor cura, es un canastillo de flores, me parecia que el aire estaba embalsamado con el aliento de Mérida..... tal era la dulzura del ambiente.

La atmósfera retrataba el azul de sus grandes ojos: las últimas hojas de los árboles se mecían con ese triste, pero grato, rumor del otoño.

—¿Qué tienes, Juan? me dijo mi hermano Santiago que caminaba junto á mi montado en su mula: ¡qué callado vas! yo que he querido venir á buscarte para presenciar tu alegria,  
Año I. Núm. 45.

ahora te veo silencioso y triste! anda, hombre, ánimo, que muy pronto hemos de hallar á padre y madre, que saldrán á esperarnos.

—Santiago, le respondí; este silencio que te estraña, esta quietud que no esperabas, nace del arrobamiento de mi alma! cuando se siente mucho, se habla mal ó no se habla nada, que es lo mejor! soy tan dichoso que no me lo creo!

—¡Mira! dijo mi hermano en vez de responderme, señalándome un altito del camino.

Miré en efecto, y ví la blanca cabeza de mi padre y el severo y tranquilo semblante de mi madre.

Al rededor de ellos estaban nuestros cuatro criados, y todos los trabajadores de la casa, que habian salido á darnos la bien llegada.

Al ruido de nuestras mulas, aun muy lejano, levantó mi madre los ojos, y dejó escapar un grito: mas que su vista, su corazon le habia avisado que llegábamos: levantóse, y mi padre y todos los nuestros la imitaron.

Digo los nuestros, y bien puedo decirlo, Luciano, porque todos los que nos sirven lo son en cuerpo y alma.

Todos se acercaron á nosotros: Santiago y yo desmontamos, y me hallé en los brazos de mis padres!

¡Oh, instante de suprema dicha! con nada puedes compararte, á no ser con la alegria del amor correspondido!

—Hijo mio! qué flaco, qué pálido estás! esclamaba mi madre separándose un poco para mirarme, y basándome de nuevo con íntima ternura: ¡tus ojos, que parecían dos estrellas, están apagados y tristes! pero ya todo se acabó: ya lo sabes: serás dichoso, hijo mio: vas á casarte con Mérida, que te espera, y su madre tambien: vamos, vamos, Matias, dijo volviéndose á mi padre: di palabra á la señora condesa de estar allí á la una y no quiero faltar á ella.

Los criados llevaron á casa las mulas; mis padres, Santiago y yo fuimos á pie hasta el  
8 de diciembre de 1864.

castillo de la señora mariscala que se divisaba muy cerca.

Algunos criados, que habia en el patio, se descubrieron al vernos: ¡qué cierto es que los servidores imitan casi siempre á sus amos!

Uno de ellos nos acompañó hasta un gran salon: allí habia otro criado vestido de negro, con frac y medias de seda blancas.

Abrió una puerta, y nos hallamos en presencia de tres señoras.

Mis ojos y mi corazon volaron hácia Mérida: al ver su figura delicada, y casi endeble, su dulce rostro, sus grandes ojos azules, y aquellas suaves y puras facciones, detrás de las cuales se diria que brilla la sacrosanta llama del talento, mi alma entera se ajitó con una sacudida tan violenta que tenia algo de dolorosa: me pareció que nunca la habia visto tan bien como entonces, y el temor de perderla se levantó de nuevo terrible y amargo delante de la luz de mi dicha.

Ella me dirijió su dulce sonrisa, mas elocuente que todas las palabras.

Cerca de Mérida ví á la señora Mariscala casi tendida en un ancho sillón de terciopelo: ¡qué diferencia de aquella doliente figura á la altiva señora que he visto pasearse tantas veces por nuestra alameda en su blasonado carruajel! ¡qué pálida, qué demacrada, qué triste está! ¡y es su culpable hijo quien causa esa aterradora mudanza! ¡ah! si mis padres se hubieran opuesto de esa suerte á mi casamiento con Mérida, yo hubiera sido quien tal vez hubiera muerto de dolor, pero jamás les hubiera desobedecido, como lo hace el marqués, casándose con Valentina.

La Condesa, hermosa aun como su hija Clara, dulce y simpática como su hija Mérida, se adelantó á recibir á mi madre, y le dió la mano afectuosamente: luego tomó la mia, se volvió á su hija, y le dijo con dulzura y serenidad:

—Mérida, aquí tienes á Juan Bautista: infórmate de su salud, en tanto que yo fijo con sus padres el día de vuestra boda.

Mérida me alargó la mano á su vez, y yo la tomé con tal emocion, que debí palidecer mucho, porque Mérida exclamó:

—¡Dios mio! ¡se pone malo!

La Mariscala me alargó en silencio su frascuito de sales, de oro, guarnecido de brillantes.

—¡Brianda, dijo la Condesa á la pobre madre: ámate; habla, amiga mia! ¿qué te parece Juan Bautista?

—¡Muy bien! respondió la Mariscala: ¡ójala que ella fuese así! este jóven tiene la nobleza del alma; ella no, porque se ha empeñado en entrar en mi familia contra mi voluntad.

—Señora Catalina, dijo la Condesa: estamos en jueves: este primer domingo, se leerán las

amonestaciones, y el lunes se casarán en el oratorio del castillo: lo que se ha de hacer, hacerlo pronto, porque á nada hay que esperar.

Mi madre perdió el color.

Mi casamiento, al verle de lejos, no le asustaba gran cosa: al ver la proximidad de él, le aterraba.

Me miró, y al observar la espresion triste de mis ojos, dijo haciendo un esfuerzo heróico:

—Bien está: se casarán el lunes.

—Y ahora, señora, dijo mi padre muy alegre, voy á dar un abrazo á mi hija: no tenemos otra: bien venida sea.

Mérida abrazó á mi padre con efusion, y le presentó su blanca frente, donde el anciano depositó un beso: luego fué hácia mi madre, que la abrazó tambien, pero con mucha frialdad.

Desde este instante, consideré á Mérida como mia; hoy es viernes, Luciano: dentro de tres días seré su marido; paréceme imposible que haya en la tierra una dicha mayor que la que ahora experimento; y sin embargo, la hay...! he de ser mucho mas dichoso el lunes, porque ELLA será mi esposa!

Al empezar esta, te dije que temia para el porvenir... pero no... hago mal... ahora estoy confiado; espero ser muy dichoso y hacer la felicidad de esta adorada niña.

Te escribiré pronto, Luciano, pero no sé cuando á punto fijo. Hasta que recibas carta mia, sé dichoso pensando en la felicidad de tu

JUAN.

(Se continuará).

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## MI PROGRAMA.

Polluelas de estado honesto,  
que á san Antonio pedis  
un marido que os despene  
y os ofrezca un porvenir;  
yo me presento en subasta  
¿quién me quiere hacer feliz?  
Mi programa es muy sencillo;  
voy á decíroslo, oid:

«Mi esposa ha de ser morena,  
de un moreno sin barniz,  
que del tocador no salga  
tirando á blanco de añil.  
Por la edad no reñiremos  
de unos veinte ó por ahí,  
ojos negros, pelo idem,  
no muy larga la nariz.  
De una estatura mediana,  
ni muy baja, ni un atril,  
no digan al vernos juntos  
«ahí van la ele y la i»

Ni hecha un bombo ni una oblea,  
que no me precise á huir  
si al quitarse el miriñaque  
se convierte en espadin.

Padres no los necesita,  
yo soy muy anti-suegril  
y para mi una inclusera  
vale mas que el Potosí.  
Si es cojita, bien venida,  
ya me podré prevenir,  
sabré del pié que cojea,  
que no es un grano de anís.

Mi mujer será en mi casa,  
una esclava, un comodín.  
Se levantará á las siete  
en Enero y en Abril,  
me hará el chocolate espeso,  
porque á mi me gusta así,  
y me barrerá el despacho,  
luego me vendrá á vestir,  
me leerá los periódicos  
de la córte y de París  
y me hará cuatro caricias  
si me encuentro con esplin.

La Iglesia es el soló punto  
á que conmigo ha de ir;  
punto en boca y punto en media  
si se rie el calcetín.

¿Paseos? que los dé en casa;  
¿trages? percal de ese gris;  
¿bailes? como no ande lista  
yo la haré bailar *schottisch*.

Visitas, ni el aguador,  
primos, que se fué á Pekin,  
amigas, ni por asomo,  
amigos, no hay que decir.  
Me aguardará por las noches,  
vendré al alba, á lo dandy,  
del Casino, de arruinarme  
ó de arruinar á cien mil.

Cuando tengamos cliquillos,  
que pueden muy bien venir,  
no los dará á que los crien  
en Chinchon ó en Chamberí.  
Estará siempre al cuidado  
de la caterva infantil  
y hará por mañana y tarde  
la papilla al chiquitín.

Con ellos saldrá á paseo,  
con ellos se irá á dormir,  
ni habrá en casa mas niñera  
que una frégona cerril.»

Si alguna acepta el progama  
que venga al instante á mí,  
no habrá mujer mas dichosa  
del uno al otro confín.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

## A MARIA INMACULADA.

### IMITACION ORIENTAL.

#### I.

Quiero cantar á mi amada un cántico nuevo; porque el amor de mi amada siempre nuevo para mí.

En sus manos los diluvios de las gracias para mí; en mi corazón los incendios de los amores para mi amada.

Verla es amarla, amarla es vivir.

La vida sin su amor es la muerte.

Benditos sean los amores que dan vida.

Yo no sé, amada mia, cuanto te amo: ni tampoco sé como te amo.

Sé que en tí pienso en mis vigiliás; sé que tú eres el pensamiento de mis mas dulces ensueños.

Tu nombre, como néctar para mi lábio; tu imágen, la luz de mis ojos.

Y por eso tu nombre siempre en mi boca, y tu imágen siempre delante de mis ojos.

Tu nombre es el principio de mis obras, y tu imágen el rayo que las ilumina.

Tu nombre, el nombre de mis hijos; tu nombre, el bálsamo de mis dolores.

En tu nombre, alegría para el alma; con tu nombre, triunfos sobre mis enemigos.

Maria es la palabra que mas pronuncia mi lengua.

Maria es la palabra que mas escribe mi mano.

Maria en mi corazón, como el aroma en el cáliz de las flores.

Maria en mi alma, como el sello del Señor en la frente de sus hijos.

Tu nombre, amada mia, es la mejor expresión de los amores.

¿Quién le oyó que no te conoció? ¿quién te conoció que no te amó?

Yo no sé cuando te ví, ni sé desde cuando te amé.

Tu nombre el primer sonido en mis oídos. Bendita sea mi madre que los abrió á tan celestiales armonías.

Tu imágen la primera luz de mis ojos. Bendito sea mi padre que los iluminó con tan brillantes resplandores.

Ellos me dijeron en mi infancia: «mala, hijo mio.»

Y estas palabras que sin cesar me repitieron despues, que mi madre me repite aun, que mi padre me repetiría si viviéra, valen para mí mas que la existencia que me dieron.

Y estas palabras las grabé en mi corazón y en mi alma.

Y mi alma se estremeció; y mi corazón latió latido de alegría.

Y te amé, amada mia, y te amo, y te amaré

cada dia mas, cada instante mas, siempre mas y mas.

Porque tu amor puerta del cielo; porque tu amor gloria anticipada en los tormentos de la vida.

Escucha, amada mia, el nuevo cántico de mis amores.

¿Si será la última flor que te ofrezca al pie de tus altares?

Dichoso yo si la recibes. Recíbela...amada mia, recíbela y llévame a Ti...hoy antes que mañana; hoy sí, ahora, ahora...antes que el sol de la mañana, ó la escarcha de la tarde la marchiten.

Ven, amada mia, ven al huerto de las recreaciones del alma; ven, y te diré cuanto te amo. Deja que mi frente repose en el escabel de tus plantas.

Deja que mi voz se eleve hasta el trono de tu gloria, como el incienso de los altares eleva á los cielos las plegarias de los sacerdotes.

## II.

Este es el cántico nuevo de mis amores á Maria; cántico que canté en el dia de mis esperanzas en el triunfo del Pontífice de la Cruz.

Bendita la Virgen, Reina del pueblo cristiano, porque visitará á sus hijos y los consolará en la noche de las tribulaciones.

Mi lengua te bendice, amada mia, con bendiciones que son el aliento de la vida de las almas.

Tu aliento, amada mia, mas suave que la fragancia de la azucena de los valles, mas dulce que los panales de la miel en las colmenas del Hebron.

Tus mejillas los matices de las nubes que colora el sol del Oriente en el cielo de Nazareth.

Tus labios, rubí *partido en dos*, desprendido de la diadema del Rey de Gloria.

Tus dientes, como granizos de nieve entre las hojas de la rosa de Jericó.

Tu cuerpo palma de Cades, cuya cima es estrella de ramales de esmeraldas que brotan racimos de oro.

Bendita sea mi amada, porque es la hermosura de las hermosuras de la tierra y de los cielos.

Mas hermosa que el ósculo de paz del Sacerdote en los altares del Señor.

Mas hermosa que la bendición de los padres sobre la cabeza de sus hijos.

Mas hermosa que el calor del regazo de las madres.

Mas hermosa que la corona de los mártires.

¿Cómo diré yo que eres hermosa, amada mia?

¡Ah! si, yo te lo diré; eres hermosa...como la gracia de Dios!

Tu amado para tí, como paloma en los desiertos de la vida: tú para tu amado, como árbol frondoso en los pensiles del paraíso, plantado en las corrientes de las aguas.

Sed tengo de amores, cuanto mas bebo en las fuentes de tu amor, porque las fuentes de tu hermosura, mas cristalinas y abundantes que las gotas del diluvio de los cielos.

Copo eres de nieve en los encumbrados montes del Oriente: copo de nieve que el sol no derrite, porque en su blancura se quiebran sus rayos.

Diamante eres de purísimas luces en las minas de todas las riquezas.

Diamante que Dios engastó en el anillo que te puso de Esposa suya.

Concha eres en que se cuajó la perla que los Cielos regalaron á la tierra para el rescate de sus servidumbres.

Rocio eres en que la luz engendra matices con que las flores se coloran.

El vuelo de los angeles no es mas encantador que el movimiento de tu cuerpo; y el alma de los serafines envidia la pureza de la que llaman Azucena divina de la tierra.

Corona de flores te consagra la inocencia de los niños: raudales de lágrimas petrificadas por los ardores del arrepentimiento te ofrecen los pecadores; suspiros encendidos salen para tí del corazón de las vírgenes del Señor.

Todos te buscan, amada mia, todos te alaban y bendicen,

En los cielos los espíritus, en la tierra las almas y las flores, las estrellas y las brisas, todo lo que tiene vida y movimiento, y todo lo que no lo tiene.

Hay un lugar en la tierra desde el cual, entre tantas alabanzas, se elevan tambien bendiciones, pero mezcladas con los ayes de la persecucion.

Y el que entre ayes te bendice, es, amada mia, el mismo á quien los cielos enviaron la mejor diadema de tus sienas.

¿No oyes, amada mia, sus sollozos?—¿No oyes los míos y con los míos y los suyos los de 200.000.000 de hijos tuyos!!!

Tú, que eres nuestra madre—¿cómo no los oyes?

¿Dónde estás, amada mia, cuando te llamamos Consoladora de los afligidos?

¿Dónde estás, cuando tus hijos te invocan Auxilio de los cristianos?

Ven, amada mia, ven, y borra en las mejillas del Pontífice y de sus hijos el surco que abrió el lianto de los dolores.

## III.

Mi lengua quería continuar, pero desfalleció

mi voz; porque vino á mí una luz que nunca habia herido mi pupila.

Y oí lo que oído nunca oyó, y sentí lo que nunca mi alma sintió.

Y oí rumor más apacible que la brisa que riza las aguas de los rios; más grato que la agitación de las alas de los ángeles, más armonioso que las vibraciones de las arpas de los serafines!

Y entre nubes denacar, oro y grana, que parecían gasas iluminadas por el iris, descollaba cercado de angeles, el Angel de los ángeles del cielo.

Y se conmovió mi cuerpo con conmoción de alegría.

Y caí de hinojos; y mi alma se sintió libre de las ligaduras del cuerpo.

Y oí voz que decía....

Anuncia á los hombres los triunfos de la Cruz por Maria; prepara sus almas para las grandes festividades de la tierra.

De las islas del Tirreno brotaron hombres que quisieron levantar un Calvario para el Pontífice Rey.

El patíbulo que erigieron para el justo será altar de cánticos de gloria.

Y para ellos se levantarán maderos de muerte de ignominia!

El nombre de ellos será maldito por las jentes y las naciones; y sus huesos triturados por las plantas de las bestias; hechos polvo, serán diseminados por los remolinos de los huracanes.

Nada de ellos quedará, ni la negra huella de sus iniquidades!

El Señor Dios va á levantar contra ellos el brazo de su justicia.

Y la justicia del Señor Dios en ellos como la llama en el monte seco, como la hoguera en hacinadas gavillas de mies.

Y los molerá como muele al grano la rueda del molino.

Purgada ha sido la tierra de la escoria que la carcomia.

Cerca está el día de la justicia del Señor contra los opresores de sus hijos.

Cerca está el día de los misericordias del Señor Dios, para los que en su palabra confiaron.

Los ruegos de Maria han hecho violencia á los cielos.

Los cielos van á abrirse.... y lloverán lluvia de triunfos, de paz, de salud, y de bendiciones para la tierra.

Creed...orad...confiad...

#### IV.

La voz cesó, y yo guardé sus ecos en mi alma, como la gran prenda de los amores de mi amada; y desde entonces medito en el cántico

de alabanzas, que mi lengua cantará en el día de los triunfos de la Iglesia por los ruegos de mi amada.

Será, si, será...porque mi amada vino á mí... y visitó mi alma, y la dejó en prenda su palabra.

Mi alma te bendice, amada mia, porque tú para tú amado como la Madre para su hijo.

LEON CARBONERO Y SOL.

### HISTORIA DE UN RAMILLETE.

(Conclusion).

#### IV.

La emperatriz se apoyó en el brazo de su sillón y adelantó la cabeza como para escuchar mejor.

En cuanto á la reina, que parecia estar al corriente de los hechos, descubrió sin ceremonia sus dos pequeños piés y los acercó al rayo de sol, para tomar así un baño de dulce calor.

La artista, á una señal benévola de la emperatriz, tomó tambien una banqueta, y se sentó enfrente de las dos princesas, empezando su narración del modo siguiente:

—No hace mucho tiempo, habia una jóven obrera parisien, que pintaba paisés de abanico, y que ganaba solo lo estrictamente necesario para alimentarse ella y un pajarito que era su sola compañía.

Hija de Eva, ella hubiera querido morder el fruto prohibido: es decir, rendir culto á la vanidad, y tener blondas, bellos trages, y esas mil nadas tan costosas que constituyen la verdadera elegancia.

—A lo menos no lisongeis á esa pobre niña, dijo sonriéndose la emperatriz.

—V. M. desea una historia: y la historia exige, ante todo, la verdad.

—Teneis razon: proseguid.

La jóven obrera se veia bonita en un espejito ante el cual peinaba cada mañana sus largos cabellos rubios: sonreíánle á ella misma sus rasgados ojos: veia su graciosa frente, su linda boca y su torneado cuello, y se decía:

—¡Si yo pudiera trabajar de la mañana á la noche, sin distracción, sin perder una hora, podria hacer quizá economías: podria ahorrar para comprar un bonito traje y una linda gorra!

Pero esto era imposible para ella: era preciso correr los almacenes, llevar su obra, y perder así con frecuencia lo mejor de su tiempo.

A pesar de su deseo de vestir bien, la pobre niña no pensó jamas en que hubiera quien se habria llamado dichoso en satisfacer sus ino-

centes caprichos: su amor era una flor cándida, que permanecía encerrada en su capullo: jamás, en el cuartito, que ocupaba en un quinto piso, habían resonado otras voces que su canto y el de su pájaro.

En aquel nido de dos aves, todo era misero, pero limpio y primoroso: una camita blanca, una mesa con un pequeño tocador, y otra mesa redonda donde pintaba sus paisajes, componían todo su mueblaje, con una cómoda y dos sillas: lo más lindo era la jaula del canario, único fruto de sus ahorros, único objeto á que había encaminado todas sus privaciones, que consistían en no comer muchas veces todo el pan y la leche que necesitaba.

¿De donde había salido aquella criatura, tan jóven, tan desvalida, y que vivía aislada en medio de aquella gran ciudad, como la paloma campesina en las inmensas arboledas que se estienden á la falda de un monte?

¡Dios solo lo sabía! el destino la había arrojado allí desde muy pequeña, á la manera que el viento lleva las semillas de las flores al erial, que cubre el polvo y defienden los cardos.

Hasta los diez años vivió en un pueblecito cerca de París con una buena aldeana que la había criado: aquella mujer la tomó un día por la mano, y le dijo:

—Ven conmigo, hija mía: voy á llevarte á París para que aprendas á ganar tu vida, que ya es tiempo de que sepas lo que esto cuesta.

La aldeana la llevó á un taller donde se iluminaban paisajes de abanicos, y la recomendó á la que vigilaba á las obreras, mujer severa y digna, que por la noche le dió asilo en el cuartito que habitaba.

Pocos meses despues, murió aquella su segunda protectora, y la jóven se trasladó á otro cuartito aun más pequeño, pero más alegre, pues se hallaba situado sobre el tejado, como un nido de golondrinas: allí es donde la hemos encontrado, viviendo á los diez y siete años con su pobre jornal, sin otra compañía que el pajarito que había comprado para que la alegrase con sus cantos.

La reina Hortensia, que no había prestado más que una atención distraída á este largo preámbulo, volvió á sonreírse en este momento, pues la artista llegaba á la parte interesante de su historia.

—Un día, continuó la narradora, la jóven obrera atravesaba el puente nuevo: era una bella mañana: la acera estaba libre, ocupándola la jóven y un solo hombre.

Aquel hombre aparentaba unos cuarenta años: tenía una bella figura estrangera, y una cabeza blanca, un semblante noble, encuadrado en dos patillas rubias, é iluminado por dos ojos azules.

El caballero y la jóven marchaban en sentido opuesto, con paso precipitado, sin verse, y absorbo cada uno de ellos en sus pensamientos: debían cruzarse en el punto culminante del puente.

Llegaron, en efecto, en frente el uno del otro: la jóven levantó la cabeza, y viendo un obstáculo, se apartó á la derecha.

El estrangero hizo el mismo movimiento.

La jóven se ladeó á la izquierda: el caballero hizo otro tanto: repitióse esto mismo una, dos, y hasta tres veces, sin que la jóven mirase una vez siquiera al semblante del estrangero, por más que le dijese cada vez que se tropezaban:

—Perdonad!

El hombre de las patillas rubias tenía escelentes maneras, pero debía ser un poco escéntrico: él miró muy bien á la jóven: y viendo la inutilidad de sus esfuerzos mútuos y sinceros para pasar adelante, abrió los brazos y dijo con acento benévolo:

—Mi querida niña, abracémonos, y acabará esto.

E imprimió un beso en la frente de la jóven, antes de que esta hubiera podido pensar en evitarlo.

—Hombre extraordinario! dijo la emperatriz, que seguía la narración con un interés risueño.

—Aquel estrangero, prosiguió la artista, era uno de esos caballeroscos marinos ingleses, que arrostraban los cruceros, la opinión pública, y la severidad de las consignas para traer á V. M. las plantas de los trópicos.

—¡Generosos marinos! murmuró la emperatriz: pero, añadió en voz alta: ¿y la jóven? ¿qué fué de ella?

—La jóven encontró en la misma noche inopinadamente en un almacén, al estrangero de los ojos azules: al día siguiente era domingo, y le apercibió detrás de ella en la iglesia: el domingo siguiente volvió á encontrarle en el boulevard: por último, despues de un mes, la jóven obrera, la huérfana, tan pobre, tan desvalida, era la esposa de un oficial de la marina real de Inglaterra, y llevaba además por su esposo el título de baronesa.

—¿Y por qué causa volvió despues á hacerse pintora?

—El noble oficial era inmensamente rico, y dió á su esposa los mejores maestros; la hizo viajar con él: en su compañía cruzó los mares, y en las costas de la Martinica fué donde vió entonces esas modestas florecitas: una irresistible simpatía la arrastró hácia ellas, y las conservó en la memoria: luego, sabiendo que V. M. las buscaba sin encontrarlas.....

La artista vaciló.

—Quiso dármelas, ya que no tales como la naturaleza las cria, creadas por su pincel ¿no es verdad?

—Es cierto, señora.

—Formó un ramillete y lo ató con una cinta rosa.....

—Sabia que ese color agrada á V. M.

—Muy bien, mi querida niña! proseguí la historia.

—Como no hay perfecta dicha en la tierra, prosiguió la jóven con voz alterada por una emocion profunda: como los amores verdaderos y correspondidos harían, si durasen largo tiempo, olvidar las dichas del cielo, el baron murió....!

## V.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de la jóven.

La emperatriz suspiró á su vez: la desgracia la habia herido tambien en sus mas caras afeciones.

—La familia del baron, prosiguió la artista, despojó á la viuda que volvía á ser la niña desvalida: todo se lo han arrebatado: pero no han podido quitarle el mas precioso de sus bienes: el recuerdo imperecedero que guarda de un noble carácter, de un gran corazon, de un hombre que amó con un afecto grande y profundo.

La jóven se creyó muy dichosa en deber su subsistencia á su pincel: dedicada á una vida de trabajo y asiduidad, no se deja ver en los salones que le abren su clase y el noble nombre de su esposo que lleva con orgullo, y que no ha trocado ni trocará por ningun otro: y hoy es mas dichosa que nunca, concluyó la jóven inclinándose, porque ha podido agradar á V. M. con la creacion de ese sencillo ramillete, que pintó con el solo deseo de que fijase un instante en él sus augustos ojos, y de que viese sus queridas flores en el lienzo.

—¡Gracias, hija mia! dijo Josefina abrazando á la artista con tierna efusion: yo bendigo á la suerte, que aun me deja el poder de recompensar una virtud tan pura como la vuestra: desde hoy trabajareis solo cuando tengais gusto en ello, pero nunca por necesidad: la hija de los trópicos toma á su cargo vuestra suerte venidera: sed mi amiga: venid á pasar á mi lado una parte de vuestro tiempo: hablaremos de la Martinica, y de esas flores que, por una misteriosa simpatia, amais como yo: vuestra historia está unida para mi á ese bello y delicado ramillete, que habeis creado y que me será doblemente querido como obra de vuestro talento y de vuestro corazon!

(Arreglo del francés.)

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

## HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion).

Algunas piezas de su traje sencillo aunque decente, sin salir de la esfera del de los menestrales, tenían muy pronunciada tendencia hácia el del caballero; tales eran su finísimo sombrero de castor guarnecido de una cinta negra, y su larga y oscura chaqueta que pretendia los honores de levita.

En uno de los momentos mas dolorosos de la operacion, el forastero despejó con su mano derecha los cabellos que el sudor de la angustia pegaba á sus sienes, brillando entonces entre ellos anchas ráfagas blancas que acusaron su aparente lozania, de una prematura vejez.

¿Quién era, pues, este hombre extraño, en cuyo ser aparecian tan pronunciados contrastes; pues si su bizarra apostura y noble continente le denunciaban como de hidalga cuna, su ademan brusco y un no sé qué de bajo y repulsivo, que se vislumbraba á través de su imponente belleza, lanzaban como absurda semejante idea del pensamiento?

La señora Tuyas; que veía el alma de su hijo como á través de un cristal, sonreía interiormente de sus cavilaciones, diciendo para sí:

—Anda, anda, que por mucho que discurras no darás en el ítem.

Concluida la cura, llamó la maestra á Coloma diciéndole que iba á salir, y recomendó muy encarecidamente el cuidado del enfermo, que en aquel instante parecia reposar. Dada esta orden, llamó á Badó y le mandó que la acompañase.

El jóven encendió un pequeño farolillo, pues las calles de Santa Coloma de Farnés, en la época de que hablamos, no tenían otro alumbrado que el del cielo, y se dirigió á la puerta donde esperó á su madre.

Al verla salir sola, no pudo contenerse diciendo con extrañeza:

—¡Cómo, dejais á Coloma sola con ese desconocido!

La madre no respondió, llamó á la puerta contigua y dijo:

—Señora Mónica, si vos ó alguna de vuestras niñas puede acompañar á Coloma hasta mi vuelta, se lo agradeceré en el alma.

—Con mucho gusto, señora Tuyas, yo misma iré y con eso hablaremos del suceso de esta tarde, respondió la vecina, y saliendo de su casa entró en la del carpintero.

Salvador y su madre atravesaron la mayor parte de la poblacion; al pasar por delante de

la iglesia, la viuda se detuvo ante la cerrada puerta del templo, santiguóse y rezó por el alivio de los heridos de aquella tarde. Amen, repitió el jóven poniéndose en marcha. A poco llegaron á una casa á cuya puerta se veian hablando varias personas que salian de ella.

—¿Cómo sigue? preguntó la maestra reuniéndose al corro.

—Agonizando, respondió una mujer: Eulalia está como loca.

—¡Qué dolor! una criatura hermosa como un ángel, repuso otra.

—Pero indómita como un potro cerril, no tenia mas voluntad que la suya, y hé ahí la consecuencia, añadió un hombre.

—Decid mejor, repuso la maestra, el modo de educarle; se criaba el niño sin sujecion ni freno, y hé aquí el resultado.

—No todos pueden gloriarse como vos de haber sacado un mozo tan cumplido, dijo el hombre, poniendo la mano sobre el hombro de Salvador, que en aquel momento apagaba su luz.

—Mis desvelos me cuesta, que la crianza entra por mucho; á veces le hice llorar, pero en cambio no me ha dado un disgusto ni espero que me lo dé.

(Se continuará).

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

## LABORES.

### CANASTILLA PARA FLORES.

Se necesitan para esta labor los materiales siguientes: tres redondeles de zinc: uno de 20 centímetros de diámetro, otro de 16 y otro de 5, para la borla de la parte inferior; tres mazos de cuentas de Bohemia incrustadas de plata: un mazo incrustadas de oro: dos mazos azul de Francia: un mazo blancas de ópalo: un pedazo de tul de armar, de hilo grueso: todos estos materiales cuestan 44 reales.

Nuestro dibujo, muy exacto en cuanto á la forma, no puede dar, sin embargo, una idea del esplendor que prestan á esta canastilla las cuentas de cristal incrustadas de oro y plata de que se compone en parte: nada hay tan encantador, tratándose del adorno del gabinete de una señora, como esta brillante canastilla suspendida del techo, y llena de flores, ya sean naturales, ya artificiales.

Nosotros, que procuramos enseñar á la mujer á embellecer su casa, que le aconsejamos el mayor esmero en este punto, pues en su casa debe ser donde busque y halle todo lo que hace la vida agradable y feliz, le recomendamos esta

graciosa labor, llena de novedad y de elegancia.

El trabajo en mosaico de cuentas, de que está formada, no presenta ninguna dificultad: la canastilla se empieza por el fondo: se pasan, en torzal grueso, tres cuentas azules para la primera vuelta: para la segunda se enfilan dos cuentas á la vez y se pasa la aguja por cada una de las primeras enfiladas: á la tercera vuelta se enfilan tres perlas y se pasa la aguja por la segunda; todo el fondo se hace del mismo modo, terminándole con dos vueltas de cuentas azules, tres con cuentas incrustadas de plata, tres con cuentas azules, y cinco con cuentas incrustadas de plata.

Entonces se coloca en el centro el círculo de zinc de 16 centímetros, y se divide el fondo en seis partes para formar las ondas, las que se ejecutan del mismo modo que el fondo: para cada onda se hace una vuelta de cuentas blancas, una de cuentas de oro, una vuelta azul, una de cuentas de plata y una azul; encima de estas ondas se hacen dos vueltas de fondo ejecutadas con cuentas encrustadas de plata, y se coloca entonces el círculo de zinc mayor, ó sea el de 20 centímetros.

Se hace despues una segunda fila de ondas iguales á las primeras, pero colocadas de manera que se contraríen entre sí, es decir, de modo que caigan los picos de la segunda vuelta en medio de los huecos de la primera.

Se termina esta canastilla, en su parte superior, por un retorcido de fantasía ejecutado con cuentas azules y blancas, que forma un grueso borde; en el extremo de cada onda, se coloca una pequeña borla hecha con cuentas azules y blancas y otra borla mucho mayor, en la parte inferior de la canastilla: la cabeza de esta última borla la forma el mas pequeño de los círculos de zinc, y se ejecuta con cuentas de todos los matices que se emplean en la labor: la parte inferior es de seda azul.

Terminada esta canastilla, se forra con tul de armar y despues con tafetan azul, que se transparenta por el mosaico de las cuentas; el tül queda como forro interior.

El torzal de enebrar las cuentas debe ser grueso y encerado.

Las cadenillas para suspenderla se elijen doradas á fuego, ó bien imitando á plata: pueden substituirse tambien con cordones de seda azul, lo que nada le hará perder de su gracia.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. Española, Torija, 14.